

Los funcionarios federales, estatales y municipales han hecho una moda del verbo blindar: *blindan* la economía, *blindan* la seguridad, todos se la pasan *blindando*.

## OPINIÓN

GUILLERMO ARAGÓN L.

### La crisis como oportunidad

La crisis económico-financiera, cuya extensión y profundidad aún no se revela en toda su magnitud, ha ocupado la atención en estos días en que la incertidumbre se renueva, la poca confianza que quedaba en las instituciones se quiebra y las sospechas se confirman: el neoliberalismo está sucumbiendo ante sus propias contradicciones y su autoengaño: es mentira que la concentración de la riqueza en los corporativos multinacionales traería bienestar para el resto de las sociedades.

Tratando de justificar lo insostenible, la retórica oficial ha llegado a decir incluso que esta crisis es una oportunidad para replantear nuevas estrategias, para sacar provecho del río revuelto, para emprender negocios creativos, como el de aquel "ingenioso e industrioso empresario" norteamericano que en medio de la crisis de 1929, aprovechando el pánico y la incertidumbre, convocara a través de la campaña. "Denme un dólar" a sus conciudadanos a que invirtieran "un dólar" en una misteriosa empresa que los sacaría de la pobreza; pero nunca existió, pero que sí permitió acumular varios millones de dólares de los ciudadanos ansiosos por obtener un ingreso.

Si se mira la situación desde una perspectiva diferente, ajena a los discursos televisivos y oficialistas, tal vez esta idea de ver la crisis como oportunidad no sea tan descabellada, si se considera que la realidad de la crisis es el argumento contundente que demuestra que no se puede esperar nada de arriba, de ese Estado paternalista cuyo poder se ha fincado hasta ahora en la dependencia de la ciudadanía hacia sus dádivas y promesas siempre incumplidas. Puede ser una oportunidad para que la ciudadanía se dé cuenta de que ha sido engañada y de que no se pueden tejer redes de intereses egoístas sino solidarios de abajo hacia arriba, desde la ciudadanía hasta copar y someter a las instituciones.

Ahora que la "mano generosa del Estado" se ha quedado vacía de programas asistencialistas y de discursos engañosos, puede ser la oportunidad para que los ciudadanos nos organicemos y ver la realidad de otra manera.

### Dejó las fábricas y las oficinas para convertirse en un artista callejero

## Entretiene el Tigre a comensales con la música de su batería a base de desechos

### Su atuendo estrafalario llama la atención de la ciudadanía en la capital del estado

TERE RAMÍREZ OJEDA

La expresión de que la música se lleva en el alma, le asienta perfectamente. No tiene un instrumento convencional, nunca estudió en un conservatorio y mucho menos espera aplausos del público que lo mira y escucha ocasionalmente; sin embargo, desde hace 17 años decidió dejar las fábricas y las oficinas en las que trabajó como empleado para convertirse en un artista callejero.

Su atuendo es estrafalario, pero a la vista eso pasa a segundo término cuando inicia su actuación. Es la "batería", como él la llama, la que atrapa la atención de cualquiera.

El compendio, pacientemente estructurado con plásticos, envolturas y tapones de dulces y refrescos, botes de metal, cintas, cables, ligas para el cabello, muñequitos y otras curiosidades dan el toque folclórico a la pieza que acompaña al Tigre en su rondar por los cafés ubicados en el Portal Grande del centro capitalino.

"Mi nombre es Miguel Sóstenes Barrón Talón, pero la gente me puso el Tigre, creo que por mi forma de vestir", externa con una sonrisa que de inmediato remarca las arrugas que el tiempo dibujó en su rostro al transitar 66 años de su vida.

Aunque afable, es un hombre solitario que evita hablar de su familia, sólo manifiesta que tiene hijos y convivió con varios amores que lo dejaron "dolido".

Actualmente renta un cuarto en el municipio capitalino, el cual sólo comparte con una lagartija a la que le nombró *Dino*.

Contemplarlo cuando interpreta canciones populares casi a capela y con sonidos que imitan la tonadita original, es un descanso a la rutina, un distractor de la charla y en ocasiones hasta provoca expresiones inocentes de los niños o el baile de algunos adultos que han bebido en alguno de los restaurantes.

Él, como pocos seres humanos, ha encontrado la felicidad

en hacer pasar un buen rato a los demás, en contribuir a que las personas olviden el estrés y su cotidianidad.

Pero su persona y su tradicional repertorio de música improvisada no siempre es bien vista por todos, para las autoridades municipales y uno que otro comensal enfrascado en su oropel, les es incómodo.



El atuendo colorido y folclórico del Tigre no pasa desapercibido en el centro de la capital tlaxcalteca ■ Foto Alejandro Ancona

"Cuando empecé a echar música los del ayuntamiento (capitalino) luego luego me jalaron para adentro (de la presidencia). Me dijeron que no podía tocar, que estaba prohibido, yo les dije que no hacía nada malo, sólo tocaba mi música", recuerda molesto, ya que a esa situación se ha enfrentado cada vez que cambia de administración el municipio.

Sin embargo, sus melodías, aunque austeras, son reconocibles casi al instante. El hombre de cabello y barba plateada, revive con entusiasmo la ocasión en que un niño le dijo a su madre: "mira mamá, ahí viene el señor que toca la música con juguetes".

Él no sólo se considera artista, sino artesano y payaso, incluso dice que su nombre es

*Piloncillo*, y en su batería lleva a *Piloncito*, que es un muñequito pequeño que se pierde entre el colorido de los objetos que carga esa caja que tiene un peso de más de 2 kilos.

—¿Cómo inventaste tu instrumento musical?

—Me di a la idea de hacerlo yo mismo, es una batería y está completa porque sale todita la

—Es variable, a veces te va bien, otras no. Aquí (en el Portal Grande donde se ubican los restaurantes y cafés) cuando más o menos te alivianas ganas 100 pesos al día.

—¿Qué es lo que te motivó a ser músico?

—Desde niño me ha gustado la música, siempre pienso en ir a trabajar y ser feliz, así debe ser un mexicano.

—¿Qué te hace feliz?

—Que la gente me vea de una buena manera, que los niños y la gente grande se diviertan con mi música, que si tienen un problema se les olvide con mi presencia, que me acepten. Esa es mi felicidad.

El Tigre viste folclórico, chamarras de colores o pardas, sombrero o gorro, según el clima, pero nunca pasa desapercibido. Es auténtico y ecologista, pues usa una carcasa de desodorante como monedero o una bolsa repleta de corcholatas bordadas para guardar en ellas sus documentos oficiales.

"Aparentemente las cosas no sirven, pero todo sirve, sólo hay que buscarle la manera", justifica mientras nos enseña su credencial del Inapam, que le sirve para obtener descuentos en el transporte público.

Su andar entre los restaurantes con mesas sobre las aceras inició hace nueve años en Tlaxcala, antes anduvo tocando en estados como Puebla, Distrito Federal e Hidalgo.

Su actuación es un *performance*, pero también es un digno representante de la escasez de empleos, pues afirma que cuando fue obrero trabajó mucho, ganó poco y dedicó muchas horas a hacer ricos a otros, ahora por lo menos es feliz con su jornada diaria.

Convencido de que las autoridades dejarán de acosarlo por pedir una moneda después de interpretar una canción, externa que lo ideal sería que "si se pudiera que a nivel nacional no le hagan la vida pesada a quienes salimos a trabajar como artistas para ganarnos el pan".

—¿Desde cuándo lo creaste?

—Hace 17 años decidí lanzarme como artista, no es fácil porque pasas frío, calor, ofensas de las autoridades municipales y no toda la gente te da una moneda. Mi batería ha tenido renovaciones y siempre tiene diferentes sonidos.

—¿Tienes un repertorio musical?—, se le pregunta.

—Sí, tengo varias canciones, aunque a veces los clientes me piden algunas que no me sé, pero si me las sé, las toco y les da gusto porque algunos hasta se ponen a bailar.

—¿Cuánto logras ganar al día?—, se le inquiera.